

Las batallas victoriosas contra los filisteos y más todavía la introducción de un elemento considerable de mercenarios filisteos, dieron al ejército israelita una fuerza de la cual había carecido hasta entonces. Ejercitarlas con semejantes adversarios y reforzadas por auxiliares que les daban cualidades de otra raza, las tropas de David adquirieron superioridad indiscutible sobre las pequeñas naciones vecinas del país de Canaán. Ya lo conocieron cruelmente, moabitas, amonitas y edomitas. Las guerras de David contra estos pueblos fueron muy diferentes de las reñidas con los filisteos. Éstas fueron como algo épico y caballeresco, como luchas de héroes jóvenes, altivos, animados por el mismo desprecio de la vida. Las guerras contra las demás tribus semíticas fueron atrozmente feroces. Con los filisteos era David como un Ulises o Diómedes, que usaba toda su superioridad contra el enemigo, pero le trataba de igual a igual. Con las demás tribus hebraicas fue un Agatocles, que convertía la crueldad en un medio de presión.

No se conocen las quejas de David contra Moab, país del que parece oriundo por un lado de su genealogía y al cual había pedido, como dejamos dicho, un servicio esencial en el primer período de su vida. En la guerra contra Moab obró David de manera cruel con una población que estaba muy emparentada con él. Los soldados de David acostaron a todos los moabitas en el suelo, en hilera; se midió la hilera con un cordel; se mató a los que ocupaban los dos tercios de su longitud y se dejó vivir a la otra tercera parte. Moab fue reducido al estado de vasallaje y obligado a pagar tributo a Israel.

Edom conoció también el peso de las armas de David. Los edomitas fueron derrotados en el valle de la Sal, al Sur del Mar Muerto. Fue ocupado el país, y sujeto a Israel. Joab se encargó de exterminar la raza y cumplió esta misión con fría crueldad. El rey fue muerto. Su hijo Hadad o Hadad, huyó con algunos oficiales de su padre a través del desierto de Farán, llevando consigo a gran número de faranitas hasta la corte del rey de Tanis, en Egipto. A Hadad le gustó mucho el príncipe, al que dio casa, tierras, rentas y casó con Ahotépnes, hermana de su mujer, de la cual tuvo un hijo llamado Genubat. Éste fue educado en palacio con los hijos del rey egipcio.

La guerra con los amonitas tuvo un carácter especial de gravedad y produjo guerras en territorios lejanos, que Israel nunca había visitado con sus armas. Nahas, el rey vencido por Saúl, había ayudado a David. Después de la muerte de Nahas, envió David a algunos de sus oficiales a dar el pésame a Hamín, hijo y sucesor de Nahas. Los jefes amonitas se mostraron muy malévolos y defendieron que los embajadores eran espías, encargados de preparar un ataque contra Rabbat-Amón. Los enviados de Israel sufrieron terribles ultrajes, y los amonitas, comprendiendo que David vengaría la injuria hecha a sus representantes, buscaron ayuda entre los pobladores del Hennón. Se aliaron con las gentes de Tob, con el rey de Maaka y con los arameos de Rehob y de Soba, que les dieron gran contingente de tropas.

Fue como una alianza de las poblaciones al este y al norte de Palestina, alarmadas por la fuerza del reino naciente. Todo el ejército se juntó delante de Rabbat-Amón. Los amonitas defendían la ciudad, al mando de Joab. El hábil capitán dividió su ejército en dos cuerpos: uno mandado por Abisai, tenía que atacar la ciudad; otro bajo sus propias órdenes, debía atacar los arameos dispersos por el campo. Los arameos se desbandaron, y al verlo los amonitas se encerraron en la ciudad. Joab no intentó tomarla y volvió a Jerusalén.

Incluso con esto confirmaron las consecuencias de la aparición de las poblaciones arameas del Hennón y el Antelíbano. Los arameos de Soba, Damasco, Renob y Maaka, se reunieron contra Israel. Hadedezer, rey de Aram-Soba, iba al frente de la coalición. Sobak, su *sar-saba*, mandaba el ejército. David fue personalmente a combatir con un enemigo tan peligroso. Pasó el Jordán al frente de todo el ejército de Israel, y dio la batalla probablemente junto al Ledjá. La victoria fue total. Sobak fue muerto y David cogió a 1.700 jinetes y 20.000 infantes. Mandó cortar las corvas a los caballos de guerra, y conservó cien para él. Israel no había tenido verdadera caballería ni carros armados. David creía que estos medios complicados no convenían a sus *gibborim*, que en muchas cosas seguían fieles a las antiguas prácticas militares de Judá y Benjamín.

El Aram de Damasco, el Aram-Jobes, el Aram-Maaka, y los demás reyes vasallos de Hadedezer, se convirtieron en súbditos y tributarios de Israel. David dejó en todas partes puestos militares. Estos países arameos eran muy ricos. David tomó los escudos de oro de los oficiales de Hadedezer, y los mandó llevar a Jerusalén. En Tebah y Berotai, ciudades de Hadedezer, halló David gran cantidad de cobre, de la cual se apoderó. Los valores de una ciudad o nación estaban formados entonces principalmente con utensilios de oro o cobre. Las contribuciones de guerra solían pagarse entregando vasijas de bronce, que se cortaban para hacerlas transportables.

Toi, rey de la ciudad cananea de Hamath, y rival de Hadedezer, al conocer el triunfo de David, mandó a felicitarle a su hijo Hadadram, que llevaba consigo objetos de oro, plata y cobre, que aumentaron también el tesoro de Jerusalén. Esta expedición aramea fue muy importante, y

al regreso levantó David un monumento, indudablemente, en Jerusalén, para perpetuar su memoria.

Se ensanchaba el círculo de relaciones de Israel y se entreveían mundos situados hasta entonces fuera del horizonte visual de los antiguos israelitas. El campo de la expedición había sido bastante limitado. David no había pasado en realidad del círculo arameo del norte de Palestina, pero se rumoreó en Israel que había llegado hasta el Orontes.

Contribuyó a ello la imaginación popular, y más adelante se supuso que David había llegado al Éufrates, recorriendo como triunfador países que nunca habían visto sus *gibbor*. Esto eran exageraciones. Los israelitas se detuvieron al norte, en Hasbeya o Rascheya. Por el este no pasaron de Damasco, la región de los *tells* y Safa.

Vencidos los arameos, ya no ayudaron a los amonitas. El año siguiente, David envió a Joab más allá del Jordán con todo el ejército de Israel. Joab asoló el país de Amón y puso sitio a Rabbat-Amón. Tomó fácilmente la ciudad baja, situada a orillas del agua. Quedaba aún por tomar la ciudad alta con la residencia real. Joab, impulsado por adulaciones que demuestran hasta qué punto estaba establecida la realeza de Israel, mandó avisar a David, para que no se nombrase en esta hazaña a Joab. David acudió y tomó la ciudad, quitó la corona de oro, enriquecida con piedras preciosas, de la cabeza del rey vencido, y se la puso él. El botín fue grande. Se mandó salir al pueblo y se efectuó una matanza de las más crueles. A unos se les aserró; a otros se les puso bajo carros con hoces de hierro que se pasearon por sus cuerpos; a otros se los arrojó a hornos encendidos de ladrillo. Todas las ciudades de Amón se las trató igual. La crueldad fue siempre parte esencial en las guerras en Oriente. El terror se consideraba como una fuerza.

Se ha adulterado la historia presentando a David como jefe de un reino poderoso, que abarcaba casi toda la Siria. Lo cierto es que David sólo fue rey de Israel y Judá. Los pueblos vecinos, hebreos, cananeos, arameos, filisteos, hasta la altura del Hennón y hasta el desierto, aunque quedaron sujetos a él sólo fueron tributarios suyos. En realidad, David no anexionó al dominio israelita ningún país no israelita, a no ser la pequeña población de Siklag. Filisteos, moabitas, edomitas, amonitas, arameos de Soba, Damasco, Rehob y Maaka fueron después de él lo que habían sido antes, aunque un poco debilitados. La conquista no era propia del espíritu israelita.